

Carmen Yebra Rovira, *Las Biblias ilustradas en España en el siglo XIX. Desarrollo, relevancia cultural e interpretación teológica*. Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra) 2015. ISBN 978-84-9073-177-2. 380 págs.

Tres años después de ser defendida en la Universidad Pontificia Comillas la magnífica tesis doctoral *Lectura gráfica de la Escritura Sagrada en la España del siglo XIX*, dirigida por José Manuel Sánchez Caro y tutelada por Elisa Estévez López, llega la publicación de la misma en la prestigiosa colección que la Asociación Bíblica Española mantiene en colaboración con la editorial Verbo Divino. El libro nos ofrece la totalidad de la tesis, habiendo sido eliminadas sólo algunas páginas más bien introductorias sobre la historia de la Biblia en España, y habiendo también reorganizado parte del material, de modo que sea ahora más fácil de leer y comprender su estructura. Se han corregido erratas menores y se ha mejorado la redacción en algunos momentos.

Uno de los muchos méritos de esta obra es el explorar un ámbito poco estudiado del mundo bíblico, la imagen bíblica, para el que se requieren capacidades no sólo exegéticas: son también necesarias competencias propias del historiador del arte, además de conocimientos suficientes de la historia del libro impreso, pues estamos tratando ante todo con ediciones del siglo XIX. De todo ello demuestra la autora tener un dominio sobrado, a lo que ayuda además de sus estudios teológicos y bíblicos, su formación también en filología.

*Las Biblias ilustradas en España en el siglo XIX* es una magnífica investigación en todos los sentidos, empezando por la elección y originalidad del tema. Era un trabajo necesario, pero difícil dada la escasez hasta ahora de estudios específicos sobre el mismo; estamos ante una propuesta original de estudio, el de las representaciones bíblicas del siglo XIX, un campo poco habitual en los estudios bíblicos, aún menos trabajado en España que en otros países; de hecho, como dice la autora, no existen estudios previos sobre las colecciones bíblicas publicadas en España (p.14). La historia del arte, por su parte, tampoco ha prestado atención a la ilustración bíblica del siglo XIX. De modo que estamos ante un campo desierto, no estudiado ni desde las ciencias bíblicas ni desde las ciencias humanas, reducido

en todo caso al interés de los expertos bibliófilos. Lo grave de este descuido es que este tipo de cultura visual, las ilustraciones bíblicas, influyó de hecho notablemente en la difusión religiosa y cultura del s.XIX.

Cualquier lector, más si tiene ya una cierta edad, se encontrará como en casa al leer esta obra. ¿Quién, aunque sea joven, no ha contemplado, entre curioso y sorprendido, los grabados bíblicos que se encontraban en la Biblias o historias sagradas que suelen o solían estar en nuestras casas, como el arpa de Bécquer, en algún ángulo y cubiertas por una fina capa de polvo? ¿Quién no se ha dejado impresionar por los soberbios grabados que el joven Alberto Durero realizó sobre el libro del apocalipsis (obra que queda fuera del ámbito de estudio de la obra presente)? Recorrer las páginas de este libro tiene algo de evocación de la infancia, de lecturas de las narraciones bíblicas que hoy nos pueden parecer ingenuas. Aquellas imágenes, separadas del texto, se imprimían también en formato grande para ser usadas en la catequesis, o para ser colgadas en las paredes como la obra de arte que también eran. Se encuentran todavía hoy en algunos desvanes de casas religiosas, donde hablan de tiempos pasados, de costumbres y prácticas antiguas, de formas de ver y mirar el mundo, de formas pretéritas de interpretar y exponer la Escritura. Algunos de nosotros, cuya imaginación bíblica juvenil fue más influida por Zefirelli, Passolini o la ópera rock Jesucristo Superstar, que por Durero, Doré o Antonio Pascual, hemos sentido la distancia aparentemente enorme que existía entre aquellas estampas antiguas, tan pasadas de moda, tan alejadas de los personajes bíblicos que nos ofrecía el cine de los años setenta y ochenta, y ajenas también a lo que luego entendimos era una lectura moderna o científica de la Escritura: donde lo humano y lo cotidiano resalta sobre lo divino y lo espectacular; donde se destacan los aspectos sociales e históricos, y también las tensiones personales y psicológicas, en lugar de ofrecer una visión meramente religiosa, donde toda la existencia humana se defina ante la divinidad en un circuito constante de culpa, castigo y ansia de perdón.

Lo fascinante de esta obra será precisamente que nos ayuda a volver a contemplar aquellas viejas imágenes, pero esta vez con ojos modernos y críticos. A los que estamos acostumbrados a la exégesis crítica o científica de la Escritura, nos da herramientas y explicaciones que nos harán descubrir la compleja trama de puntos de vista, preocupaciones, intereses, contextos sociales y culturales, ideas teológicas, que aquellos grabados bíblicos transmitían.

Esta obra profundiza precisamente en cómo la imagen es un modo de hacer y transmitir teología, un modo de enseñar y de aprender, y una teología que siempre es situada, contextual, orien-

tada en un sentido o en otro. Volvemos pues a aquellas antiguas estampas, pero descubrimos que no son sólo intentos de representación de las narraciones bíblicas: merced a este estudio se han convertido en muestras de cómo una época interpretó la Escritura, destacó unos aspectos frente a otros. En la medida en que toda época, con su interpretación de la Biblia, ha enriquecido la Tradición eclesial, la lectura de los iconos del siglo XIX enriquece también nuestro bagaje bíblico y desafía nuestra forma de hacer exégesis. Como bien recuerda el Magisterio eclesial citado en el libro, el arte es un camino privilegiado para acceder, profundizar y comunicar el misterio divino.

En suma, este libro profundiza en cómo la representación artística de la Biblia es interpretación, un modo de exégesis, en sus procesos de selección, orden, figuración; exégesis que recoge la tradición interpretativa anterior, que es a veces original del arte o intuición del artista, y que supone un desafío para el observador y teólogo moderno.

El libro se estructura de un modo muy claro. Los cuatro primeros capítulos abordan las cuestiones contextuales y epistemológicas necesarias para proponer el grabado bíblico como fuente teológica. Estamos ante una propuesta original, que investiga en diversas fuentes sobre la interpretación ideológica, social, cultural, de la imagen, y la aplica a la imagen bíblica. La autora ha tenido que formular un método propio de análisis, y esto por sí solo es ya de gran mérito. Son pasos fundamentales la contextualización de la imagen en su colección correspondiente, en la que los procesos de selección son muy relevantes, así como los enlaces intertextuales entre unas imágenes y otras dentro de su colección, el estudio de cómo ha sido construida la imagen en sí misma, así como su relación con el canon bíblico y el estudio de la historia de las ideas y de las tradiciones que han dejado huella en esta ilustración concreta.

Los capítulos 5, 6 y 7 presentan las principales biblias e historias sagradas ilustradas y las biblias en imágenes que se realizaron en el s. XIX. Es espléndido este trabajo de recopilación y análisis de las fuentes; de ellas se ofrece en el libro una información exhaustiva tanto en su catalogación, como de su contexto histórico y características. Era una tarea que estaba pendiente, y que a partir de ahora servirá de referente necesario en los estudios posteriores. Si en el trabajo de tesis defendido en la Universidad Pontificia Comillas había predominado el orden cronológico de los materiales, en la publicación definitiva prima el orden según el tipo de libros, agrupando así en esos tres grandes capítulos obras que en el trabajo académico se hallaban repartidas por otras secciones. Ahora se ve con mucha más claridad la distinción entre Biblias ilustradas (o Biblias

con ilustraciones) del capítulo 5; Historias Sagradas ilustradas, capítulo 6; y Biblias o Historias Sagradas en imágenes, capítulo 7.

El análisis de las características generales de cada trabajo es preciso y profundo. Es un placer, por ejemplo, leer el apartado dedicado a la obra de Gustavo Doré en las páginas 181-190, sobre su virtuosismo técnico y su imaginación desbordante, de un romanticismo que a nosotros nos parece de otra época, y sin embargo era en la suya novedoso, e incluso se presentaba como una representación más auténtica de los relatos bíblicos respecto a como habían sido plasmados, de modo más idealizante, en la Academia de corte neoclásico. El realismo de los grabados de Doré se basaba en la enmarcación de las historias mediante ruinas arqueológicas, solemnes espacios naturales y decoraciones de inspiración oriental. Como la autora señala, esta pretendida autenticidad no se correspondía con una fidelidad al texto bíblico ni en la selección de los pasajes ni en su representación. Su romanticismo aparece en el interés en representar lo sobrenatural, empleando intensos claroscuros, perspectivas desde arriba o picados, muy exagerados en ocasiones, perspectivas lejanas y la presencia habitual de ángeles, de aspecto femenino, tan propios del estilo victoriano o prerrafaelista. Doré, nos hace ver la autora, no está tan interesado en narrar la historia sagrada cuanto en ilustrarla, es decir, aprovechar las narraciones bíblicas para transmitir una visión del mundo, de la humanidad y de lo religioso. Su teología podría decirse que señala una cierta ruptura entre el Antiguo Testamento, donde destaca la representación de un Dios cruel, una humanidad en continua guerra, en pecado, y necesitada de implorar constantemente un perdón improbable. En el Nuevo Testamento cambia el estilo iconográfico, y la imagen se centra en Jesús, transmitiendo una cierta experiencia de salvación y alegría, a la vez que una profunda melancolía recorre las ilustraciones.

Los dos últimos capítulos, 8 y 9, nos ofrecen dos ejemplos de aplicación práctica a representaciones concretas. Analizan cómo dos pasajes bíblicos, el ciclo de Elías y la parábola del hijo pródigo, han sido interpretados en las ilustraciones de dos de los artistas más señalados: Antonio Pascual y Gustave Doré. Aquí se ve cómo la autora es capaz de aplicar su propuesta metodológica de modo fructífero. Comparar cómo una misma narración bíblica es diversamente representada, hasta el punto de casi generar dos narraciones diversas, resulta muy instructivo, y plantea la cuestión de en qué medida la ilustración enriquece a la Tradición y afecta al canon. Los ilustradores se revelan como auténticos intérpretes de la Escritura. Puede ser que a algún lector le deje una pequeña insatisfacción el que tras la abundante y precisa catalogación, y el competente diseño del método, este se haya aplicado a una pequeñísima mues-

tra de la obra catalogada. Sin duda queda abierto el camino para que sea recorrido por la misma autora u otros investigadores.

Estamos pues ante una obra espléndida, novedosa y útil, que nos hará redescubrir un modo de acercarnos a la Escritura, la ilustración del siglo XIX, que ha dejado huella en la memoria colectiva de muchos de nosotros, y nos brinda herramientas para interpretar tanto aquellos grabados de hace más de un siglo, como cualquier otro acercamiento a la Escritura, también actual, donde la imagen sea la herramienta principal del intérprete.

*Francisco Ramírez Fueyo*